

concedido diariamente al soldado, para reponerse de sus extraordinarias fatigas (14), ampliándose cada día mas las brechas en sus débiles fortificaciones, y en fin, casi agotadas sus municiones, seria imposible defender ya la plaza, que solo hombres de una constitucion de hierro y un ánimo como el de los españoles, podian haber defendido tan largo tiempo. El principal embarazo era el del tiempo y modo de evacuar la ciudad. El mejor camino parecia ser el de Tlacopan (Tacuba), pues la calzada que era la parte mas peligrosa, solo tenia por aquella parte dos millas de largo, y por lo mismo podian llegar los fugitivos á tierra firme mas pronto que por ninguna otra. Sin embargo, ántes de partir se propuso hacer una excursion por aquel rumbo á fin de reconocer el terreno, y distraer al mismo tiempo la atencion del enemigo, y ocultarle su verdadero plan con una apariencia de maniobras activas.

Por algunos dias empleáronse sus operarios en construir unas máquinas de su propia invencion. Llamábanse mantas, y estaban en parte construidas bajo principios análogos á los de los parapetos portátiles, usados en la edad media, aunque eran mas complicadas, pues consistian en una torre de ligeras vigas y planchas de madera con dos pisos que habian de ocuparse por fusileros, y en ambos habia troneras por las cuales pudieran á cubierto hacer fuego al enemigo. La grande ventaja que se proponia sacar de estas máquinas, era la de proteger á los soldados contra las flechas y proyectiles que arrojaban de las azoteas. Eran tres estas máquinas; descansaban en rodillos, y con fuertes cordeles habian de arrastrarlas por las calles los auxiliares tlascaltecas (15).

Miraban con asombro los mejicanos estas fortalezas movibles, que avanzaban arrojando fuego y humo de sus entrañas, y viéndose incapaces de ofender á los que se ocultaban en ellas, retrocedieron despavoridos. Entre tanto, acercando las mantas á los muros de las casas, pudieron los españoles hacer un fuego certero á los indios que las flechaban de las azoteas, y cuando esto no era bastante para contenerlos, arrojando una escala ó un ligero puente

(14) „La hambre era tanta, que á los indios no se daba mas de una tortilla de racion, y á los castellanos cincuenta granos de maíz.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.

(15) Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 135.—Gomara, Crónica, cap. 106.

El Dr. Bird, en su pintoresco romance de „Calavar,” ha hecho muy buen uso de estas mantas, mejor ciertamente que el que puede permitirse al historiador. Reclama el privilegio del romancista, aunque no abusó de este privilegio, pues estudió con gran cuidado, las costumbres, maneras y usos militares de los nativos. Ha hecho por ellos lo que Cooper por las tribus salvajes del Norte; tocar sus ásperas facciones con los brillantes colores de una fantasía poética. Igualmente feliz ha sido en la descripcion del paisaje pintoresco del pais. Si lo ha sido menos en intentar revivir el antiguo dialecto del caballero español, no nos debe sorprender. Nada es mas difícil que la diestra imitación de un modelo antiguo; se requiere todo el ingenio y talento de Scott, para hacerlo de manera que el lector instruido no distinga la ficción.

levadizo que de la parte superior de la manta caia á la azotea, se proporcionaban paso para el terrado y podian combatir brazo á brazo con sus enemigos. Sin embargo no era tan fácil acercarse á los edificios altos, desde donde los guerreros indios arrojaban pesadas piedras y vigas, que destrababan los tablonces de que se componian las máquinas, ó que chocando con fuerza contra sus lados, sacudian los frágiles edificios hasta sus fundamentos, amenazando con la muerte á todos los que estaban dentro. Además, eran ciertamente inútiles, cuando encontraban una acequia que impedia llevarlas adelante.

Entonces vieron los españoles demasiado confirmada la amenaza de sus enemigos. Habian demolido el puente que atravesaba el camino; y aunque los canales que cortaban la ciudad, no eran en lo general de mucha anchura y profundidad, la falta de los puentes no solo impedia los movimientos de las pesadas máquinas, sino que enteramente desconcertaba los de la caballería. Resolviendo Cortés abandonar las mantas, dió orden de cegar el primer canal que tenian que atravesar, con piedras, madera y otros escombros de los edificios arruinados, y abrir así un nuevo paso para el ejército. Mientras esto se hacia, los honderos y archeros aztecas colocados al lado opuesto hacian una fuerte descarga sobre los cristianos, que estaban indefensos por la clase de trabajo en que se ocupaban. Cuando concluyeron y hubo camino seguro, cargó bruscamente la caballería española sobre el enemigo, que incapaz de resistir el choque de aquella columna de acero, retrocedió con precipitacion hasta donde otro canal les proporcionó una posicion igualmente fuerte para defenderse (16).

No menos de siete canales cortaban la gran calle de Tlacopan (17), y en cada uno de ellos se repitió la misma escena, haciendo los mejicanos una valiente resistencia, y ocasionando algunas pérdidas á sus impávidos contrarios. Dos dias consumiéronse en estas operaciones, al fin de los cuales, despues de un increíble trabajo, tuvo el general español la satisfaccion de ver completamente establecida una línea de comunicacion en toda la extension de la calle, y los principales puentes guardados por fuertes destacamentos de infantería. A esta sazón, y cuando habia rechazado al enemigo hasta la extremidad de la calle donde ya seguia la calzada, se le avisó que los mejicanos, intimidados con los reveses que habian sufrido, deseaban entablar un parlamento para acordar los términos de una transaccion, y que para este objeto lo aguardaban los gefes en la fortaleza. Lleno de gozo con tales noticias, se

(16) Carta del ejército, MS.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 140.—Gomara, Crónica, cap. 109.

(17) Se equivoca Clavijero en llamar á esta la calle de Iztapalapan. (Stor. del Messico, tom. III, p. 129.) No era la calle por donde entraron los españoles, sino por la que dejaron la ciudad; y es exactamente denominada por Lorenzana, como la de Tlacopan ó mas bien de Tacuba, en cuyo nombre corrompieron aquel los españoles. Véase la página 363 del primer tomo.

dirigió inmediatamente allí acompañado de Alvarado, Sandoval y cerca de sesenta caballos.

Propusieronle los mejicanos que diera libertad á los dos sacerdotes hechos prisioneros en el templo, para que fueran conductores de los términos del convenio y sirvieran de agentes. Fueron pues enviados con las correspondientes instrucciones á sus compatriotas, pero ya no volvieron, pues todo habia sido un artificio del enemigo, ansioso de conseguir la libertad de los cabezas de su iglesia, uno de los que era su *teoteuctli* ó sumo sacerdote, cuya presencia era indispensable en el probable evento de una nueva coronacion.

Entre tanto, descansando Cortés en la esperanza de un pronto arreglo, estaba tomando con sus oficiales algun descanso de las fatigas del dia, cuando recibió la alarmante noticia de que estaba otra vez el enemigo sobre las armas con mas furia que nunca: que habia derrotado los destacamentos puestos al mando de Alvarado, en tres de los puentes, y se ocupaba empeñosamente en demoler estos. Avergonzado de la facilidad con que habia sido engañado por un enemigo astuto, ó mas bien por sus halagüeñas esperanzas, montó á caballo, y seguido de sus bravos compañeros, se dirigió con la mayor velocidad al lugar de la accion. Retrocedieron los mejicanos á consecuencia de la carga de los españoles: restauráronse los puentes, y á la cabeza de su caballería recorrió toda la gran calle, haciendo á punta de lanza, huir al enemigo como ciervos espantados; pero antes de que pudiera contramarchar, tuvo el disgusto de ver que el infatigable enemigo saliendo de las calles y enruceijadas, habia cargado otra vez sobre la infantería, que extenuada de fatiga, no podia mantener su posicion en uno de los principales puentes. Nuevas huestes acudian por todas partes, disparando sobre el pequeño destacamento de caballeros cristianos una tempestad de piedras, dardos y flechas, que sonaban como granizo en sus armaduras y en las de sus bien resguardados bridones. Muchos de los proyectiles se deslizaban sin hacer daño á las buenas armaduras de acero, ó á las acolchadas cotas de algodón, pero de cuando en cuando alguno mejor asestado penetraba las junturas de aquellas y arrojaba al caballero por tierra.

Fué mas grande la confusion cerca del puente roto. Algunos de los soldados cayeron en el canal, y sus caballos corrian espantados sin ginete que los dirigiera. En tal apuro hizo el mismo Cortés mas que otro ninguno, para proteger la retirada de los que le seguian. Mientras se reparaba el puente, se arrojó intrépidamente en medio de los bárbaros, derribando un enemigo á cada vuelta de su caballo, alentando á sus soldados y esparciendo el terror entre las filas de sus contrarios con su bien conocido grito de guerra. Nunca desplegó mayor valor, ó expuso mas su persona emulando, dice un antiguo escritor, las hazañas del romano Cocles (18). De esta manera contuvo el torrente impetuoso del enemigo, hasta que todos sus soldados atravesaron el

(18) Oviedo compara á su héroe con aquel guerrero romano, de quien dice Ma-caulay en su animado romance:

puente, y entonces habiéndose hundido algunos tablones, se vió obligado para salvarse, á saltar un canal de seis piés de ancho, en medio de una nube de flechas (19). Corrió entre el ejército la voz de que habia muerto el general. Luego se supo en la ciudad con gran gozo de los mejicanos y llegó á la fortaleza, donde los sitiados se llenaron de la mayor consternacion; afortunadamente para ellos era falso. Habia, es verdad, recibido dos contusiones en la rodilla, pero por lo demas estaba ileso. Sin embargo, nunca se habia visto en mayor peligro, y su salvacion, así como la de sus compañeros, se estimó en poco menos que un milagro. Más de un grave historiador atribuye la conservacion de los españoles al vigilante cuidado de su patron el apóstol Santiago, que en estos desesperados conflictos veíase pelear en su caballo blanco como la nieve, á la cabeza de los escuadrones cristianos, despidiendo relámpagos su espada, al mismo tiempo que se vió claramente á su lado una muger vestida de blanco, que se suponía ser la Virgen, arrojando polvo á los ojos de los infieles. Este hecho está atestiguado, así por los españoles, como por los mejicanos; por estos despues de su conversion al cristianismo, y ciertamente nunca hubo ocasion en que fuera mas necesaria la proteccion de su santo tutelar (20).

„Que cuidó tan bien al puente en los famosos tiempos de la antigüedad.”

„Muy digno es Cortés que se compare este fecho suyo desta jornada al de Oracio Cocles, que se tocó de suso, porque con su esfuerzo é lanza sola dió tanto lugar, que los caballos pudieran pasar, é hizo desembarazar la puente é pasó, á pesar de los enemigos, aunque con harto trabajo.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

(19) Fué un salto extraordinario para un caballero montado y armado; pero la asercion del general mismo al emperador, (Rel. seg., en Lorenza, p. 142,) está completamente confirmada por Oviedo, quien nos dice que lo supo de varios de los que se hallaron presentes.

„Y segun lo que yo he entendido de algunos que presentes se hallaron, demas de la resistencia de aquellos, habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo, sin le faltar muchas pedradas de diversas partes é manos, é por ir él, é su caballo bien armados no los hirieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron.” Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(20) Verdaderamente, „dignus vindice nodus” la intervencion de la caballería celestial en estas ocasiones, está testificada de la manera mas positiva por muchas respetables autoridades. Es edificante observar el combate que tenia lugar en la mente de Oviedo, entre lo que le dictaba su buen sentido y suma instruccion, con lo que le influa la supersticion de la época. Era un desigual combate con penosas ventajas contra el primero en el siglo XVI. Cito el pasaje como característico de la época. „Afirmen que se vido el apóstol Santiago á caballo peleando sobre un caballo blanco en favor de los cristianos; é decian los indios que el caballo con los piés y manos é con la boca mataba muchos dellos, de forma, que en poco discurso de tiempo no pareció indio, é reposaron los cristianos lo restante de aquel dia. Ya sé que los incrédulos ó poco devotos dirán, que mi ocupacion en esto destos milagros, pues no los ví, es superfluo, ó perder tiempo novelando, y yo hablo, que esto é mas se puede

La llegada de la noche dispersó los batallones indios, que desapareciendo del campo como aves de mal agüero, dejaron el bien disputado paso en posesión de los españoles. Volvieron, sin embargo, á la ciudadela, no con aire de vencedores, sino con lento y pausado paso, con las armas rotas, con las armaduras despedazadas, y desfallecidos por la pérdida de sangre, hambre y fatigas. En este estado tuvieron que recibir todavía noticias de una nueva desgracia con la muerte de Montezuma (21).

Habiase agravado mucho el monarca indio desde que habia sido herido, cediendo, tanto al peso de su angustiado espíritu, como al de la enfermedad. Continuó en el mismo desesperado estado de insensibilidad, de que ya se ha hablado, comunicándose poco con los que le rodeaban, sordo á los consuelos de sus súbditos, y rehusando obstinadamente las medicinas y alimentos. Conociendo algunos de los caballeros que se hallaban en la fortaleza, quienes por la bondad de su carácter le eran adictos, que se acercaba su fin, deseaban con ansia salvar el alma del moribundo príncipe del terrible destino de los que mueren en las tinieblas de la incredulidad. Con este objeto se dirigieron á su aposento, acompañados del padre Olmedo, y con el mayor encarecimiento le rogaron abjurara el error de su creencia y consintiera en ser bautizado; pero Montezuma, no obstante lo que se ha dicho en contrario, parece que nunca faltó á la fe de sus mayores ni puede considerársele como apóstata, pues ciertamente merece ese nombre en su mas odiosa acepción aquel, que cristiano ó pagano, renuncia su religion sin estar convencido de la falsedad de ella (22). Lejos de esto, una ciega confianza en sus oráculos le

creer; pues que los gentiles é sin fé, é idólatras escriben, que ovo grandes misterios é milagros en sus tiempos, é aquellos sabemos que eran causados é fechos por el Diabolo, pues mas fácil cosa es á Dios é á la immaculada Virgen Nuestra Señora é al glorioso apóstol Santiago, é á los santos é amigos de Jesucristo hacer esos milagros, que de suso están dichos, é otros mayores." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

(21) „Multi restiterunt lapidibus et iaculis confossi, fuit et Cortesius graviter percussus, pauci evaserunt incolumes, et hi adeo languidi, ut neque lacertos erigere quirent. Postquam vero se in arcem receperunt, non commodè satis conditas dapes, quibus reficerentur, invenerunt, nec fortè asperi maicij panis bucellas, aut aquam potabilem, de vino aut carnibus sublata erat cura." (Mártir, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 6.) Véase también acerca de esta terrible batalla á Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 13.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 140-142.—Carta del ejército, MS.—Gonzalo de las Casas, Defensa, MS., Part. 1, cap. 26.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9 y 10.—Gomara, Crónica, cap. 107.

(22) Este concepto ha sido expresado con una singular energía, en los siguientes versos de Voltaire.

„Mais renoncer aux dieux que l'on croit dans son cœur,
C'est le crime d'un lâche, et non pas une erreur;
C'est trahir à la fois, sous un masque hypocrite,
Et le dieu qu'on préfère, et le dieu que l'on quitte:
C'est mentir au Ciel même, à l'univers, à soi."

ALZIRE, Acte 5, sc. 5

hizo entregarse incautamente en manos de los españoles. El trato que tuvo con ellos no habia sin duda excitádole el deseo de abrazar su religion; y ademas podia considerar las calamidades de su pais como enviadas por los dioses en castigo de la hospitalidad concedida á aquellos que habian profanado y destruido sus santuarios (23).

Por lo mismo, cuando el padre Olmedo arrodillándose á su lado con el crucifijo en las manos le rogaba que abrazase el signo de la redencion, rechazándole friamente, exclamó: „pocos momentos me restan de vida, y no abandonaré en este trance la fe de mis padres" (24). Una cosa no obstante parecia pesar fuertemente en el ánimo de Montezuma; el destino de sus hijos, especialmente de tres hijas que habia tenido en sus dos mujeres, pues habia ciertos ritos matrimoniales que distinguian á la mujer legítima de la concubina. Llamando á Cortés á su lecho de muerte recomendó encarecidamente á su cuidado estas hijas, como las joyas mas preciosas que podia dejarle. Suplicóle se interesase en favor de ellas con su señor el emperador, y procurase que no se les dejara abandonadas, sino que se les concediera una parte de su herencia legítima. „Vuestro soberano hará esto," concluyó, „aunque sea solo por los oficios amistosos que he prestado á los españoles, y por el amor que les he mostrado, no obstante que eso me ha reducido á tan triste situacion, aunque no por

(23) El convertido tlascalteca Camargo, supo de varios de los conquistadores, que por deseo de Montezuma fué bautizado en los últimos momentos de su vida, y que Cortés y Alvarado fueron sus padrinos. „Muchos afirman de los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de la muerte, pidió agua de bautismo é que fué bautizado y murió cristiano, aunque en esto hay grandes dudas y diferentes pareceres; mas como digó que de personas fidedignas conquistadores de los primeros desta tierra de quien fuimos informados, supimos que murió bautizado y cristiano, é que fueron sus padrinos del bautismo Fernando Cortés y Don Pedro de Alvarado." (Hist. de Tlascalca, MS.) Segun Gomara, deseaba el monarca mejicano ser bautizado antes de la llegada de Narvaez, y se dirigió la ceremonia hasta la pascua de Resurreccion, para que pudiera efectuarse con mayor pompa; pero olvidós con la precipitacion y confusion de las escenas subsiguientes, y murió sin que se le hubiera borrado la negra mancha de la infidelidad. (Crónica, cap. 107.) Torquemada, que no puede acusarse de pirrónico en lo que concierne á la fe, desecha estos cuentos que no son combinables con el silencio de Cortés y Alvarado, quienes hubieran divulgado un acontecimiento que en vano habian deseado tanto tiempo. (Monarqu. ind., lib. 4, cap. 70.) La critica del padre está fuertemente apoyada con el hecho de que ninguna de las antecedentes relaciones se halla corroborada por escritores de autoridad, y si están contradichas por varios, por la tradicion popular, y puede también decirse la una por la otra.

(24) „Respondió, que por la media hora que le quedaba de vida, no se queria apartar de la religion de sus padres." (Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 10.) „Ya he dicho," dice Diaz, „la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al frayle de la Merced, que siempre estaba con él, y no le pudo atraer á que se volviese cristiano." Hist. de la conquista, cap. 127.

TOM. II.

3

esto les profeso mala voluntad (25).” Tales fueron, segun el mismo Cortés, las palabras del moribundo monarca. No mucho despues, el 30 de junio de 1520 (26), espiró en los brazos de algunos nobles que permanecieron fieles á su servicio. „Así,” exclama un historiador tlascalteca, enemigo suyo; „así murió el infortunado Montezuma, que habia empuñado el cetro con tan consumada política y sabiduría; que era mas reverenciado y temido que cualquiera otro príncipe de su linaje ó de los otros que habian sentádose en el trono de este mundo occidental. Con él puede decirse que terminó la línea de los reyes aztecas, y que se extinguió la gloria del imperio que bajo su gobierno habia llegado al apogeo de su prosperidad” (27). „Recibieron la noticia de su muerte,” dice el antiguo historiador castellano Diaz, „con verdadero sentimiento los caballeros y soldados que le habian tratado personalmente, pues todos le amaban como padre; lo que no debe admirar considerando que era tan bueno (28).” Este sencillo pero irrefragable testimonio dado en aquel tiempo, es la mejor refutación de las sospechas alguna vez concebidas respecto á la fidelidad del monarca para con los cristianos (29).

(25) „Aunque no le pesaba de ello;” pero esto seria demasiado decir para un hombre, y es probable que el lenguaje del príncipe indio sufriera algun cambio al ser trasladado por la interpretación de Marina. El lector español encontrará la conversacion original segun la refiere Cortés, en el célebre documento que se copia en el Apéndice, parte segunda, núm. 2. Añade el general, que cumplió fielmente con la petición de Montezuma, recibiendo á sus hijas despues de la conquista en su familia, y que segun los deseos de su padre, fueron bautizadas é instruidas en la doctrina cristiana. Casáronse despues con hidalgos castellanos, y les señaló el gobierno muy regulares dotes. Véase la nota 36 de este capítulo.

(26) Adopto la cronología de Clavijero, que no puede distar mucho de la verdad. (Stor. del Messico, tom. III, p. 131.) Con todo, hay razones para suponer que debió morir un dia antes por lo menos.

(27) „De suerte que le tiraron una pedrada con una honda y le dieron en la cabeza, de que vino á morir el desdichado rey; habiendo gobernado este Nuevo Mundo con la mayor prudencia y gobierno que se puede imaginar, siendo el mas tenido y reverenciado y adorado Señor que en el mundo ha habido, y en su linaje, como es cosa pública y notoria en toda la máquina de este Nuevo Mundo, donde con la muerte de tan gran Señor se acabaron los reyes culhuaques mexicanos, y todo su poder y mando, estando en la mayor felicidad de su monarquía; y así no hay de que fiar en las cosas desta vida sino en solo Dios.” Hist. de Tlascala, MS.

(28) „Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados: é hombres hubo entre nosotros de los que le conociamos, y tratábamos, que tan llorado fué, como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar dello, viendo que tan bueno era.” Hist. de la conquista, cap. 126.

(29) „Amaba á los cristianos,” dice Herrera, „segun puede juzgarse de las apariencias.” (Hist. general, déc. 2, lib. 10. cap. 10.) „Dicese,” observa el capellan del general, „que Montezuma, aunque instado muchas veces, nunca consintió en la muerte de un solo español, ni en injuriar á Cortés á quien amaba extraordinariamente;

No es fácil trazar el retrato de Montezuma con sus verdaderos colores, pues se nos ha transmitido bajo dos aspectos los mas opuestos y contradictorios. En los informes que tomaron los españoles cuando llegaron al pais era uniformemente representado como valiente y guerrero, poco escrupuloso en cuanto á los medios de satisfacer su ambicion, doble y pérfido, terror de sus enemigos, y de un altivo porte que lo hacia temible aun á su mismo pueblo. Los castellanos lo pintan por el contrario, no solo afable y bondadoso, sino dispuesto á ceder todas las ventajas de su posicion, y á colocarlos á ellos en un estado igual al suyo haciendo sus deseos ley; amable en su trato hasta el afeminamiento, y constante en su amistad cuando toda la nacion habia tomado las armas contra ellos; y estos rasgos tan contradictorios están dibujados con bastante verdad, y deben explicarse por las extraordinarias circunstancias de su posicion.

Cuando subió Montezuma al trono, apenas contaba veintitres años de edad. Joven y ambicioso, se ocupaba continuamente en la guerra, y dícese que se halló en nueve combates personales (30). Era muy famoso por sus hazañas, pues pertenecia al *Quachictin*, órden militar la mas distinguida de su nacion, y en la que aun pocos de los mismos soberanos habian sido admitidos (31). Mas entrado en edad, prefirió la intriga á la violencia, por ser mas conforme á su carácter y á su educacion sacerdotal. Era

te; pero hay algunos que disputan esto.” (Gomara, Crónica, cap. 107.) D. Juan Cano aseguró á Oviedo, que durante todas las contiendas de los españoles con los mejicanos, así en la ausencia de Cortés, como despues de su vuelta, hizo el emperador todo lo posible para abastecer el campo de provisiones. (Véase el Apéndice, parte segunda, núm. 11.) Finalmente, el mismo Cortés en el instrumento á que se ha aludido, datado seis años despues de la muerte de Montezuma, da un testimonio claro de la buena disposicion que mostró hácia los españoles, y en particular le excusa de haber tenido parte en el último levantamiento, el cual dice el conquistador, habia confiado en sofocar con su ayuda. (Véase el Apéndice, parte segunda, núm. 12.)

Los historiadores españoles, en lo general, no obstante una que otra duda en cuanto á la buena fe de aquel monarca respecto de los cristianos, mencionan de una manera honrosa muchas de sus excelentes cualidades. Pero Solís, el mas eminente de todos, concluye la narracion de su muerte con las siguientes palabras: „empleó sus últimas horas en respirar venganza y proferir maldiciones contra su pueblo, hasta que entregó su alma á Satán con quien se habia comunicado frecuentemente en vida.” (Conquista de Méjico, lib. 4, cap. 15.) Afortunadamente, el historiador de los indios podia saber tan poco respecto de la suerte de Montezuma en el otro mundo, como parece que supo de la que tuvo en este. ¿Fué preocupacion, ó el deseo de hacer brillar mas el carácter de su héroe, lo que le hizo obscurecer tan inmerecidamente el de su rival indio?

(30) „Dicen que venció nueve batallas, y otros nueve campos, en desafio uno á uno.” Gomara Crónica, cap. 107.

(31) Las pinturas aztecas muestran, segun Clavijero, que uno solo de sus prede-

en esto tan grande y tan consumado como cualquier príncipe de su época, y por medios no muy honrosos, consiguió usurpar una gran parte del territorio de su real pariente el señor de Tezcuco. Severo en la administración de justicia, hizo reformas importantes en el arreglo de los tribunales. Introdujo algunas innovaciones en la servidumbre real, creando nuevos empleos, estableciendo una pródiga magnificencia, y una etiqueta cortesana desconocida á sus mas sencillos predecesores. Era, en una palabra, muy celoso de todo lo que concernia al brillo exterior y pompa de la magestad real (32). Cuidaba de hacer respetar su dignidad; y puede decirse que entre los bárbaros potentados del Nuevo Mundo, era tan afecto á ostentar la magestad, como Luis XIV entre los príncipes civilizados de Europa.

Tambien estaba profundamente imbuido en aquel espíritu de preocupacion que obscureció los últimos dias del monarca frances. Recibió á los españoles como á seres anunciados por los oráculos, y el pánico temor con que habia evadido su ofrecida visita, se fundaba en la misma creencia que tan ciegamente le condujo á someterse á ellos despues de su llegada. Se conoció dominado por su genio superior. De un golpe concedióles todo lo que pedian; sus tesoros, su poder y aun su persona misma: en su obsequio abandonó sus ordinarias ocupaciones, sus placeres, sus hábitos mas familiares. Puede decirse que perdió su naturaleza, y como sus súbditos aseguraron cambió de sexo y se convirtió en mujer. Si no podemos menos de despreciar la pusilanimidad del monarca azteca, debemos tambien disculparle considerando que ella dimanaba de su supersticion, y que ésta en el salvaje es el sustituto de los principios religiosos del hombre civilizado.

No es fácil reflexionar sobre la suerte de Montezuma sin sentir una fuerte compasion hácia él. Verle nacer para presenciar el curso de acontecimientos que no podia evitar ni contrarrestar: considerarle como un elevado árbol, gloria de sus nativas selvas, que descollando sobre los demas por la pompa y magestad de su follaje, era el blanco del rayo por su misma elevacion, y la primera víctima de la tempestad que iba á tronar sobre las montañas que le vieron nacer. Cuando el sabio rey de Tezcuco arengó á su real pariente en la ceremonia de la coronacion, dijo: „feliz imperio, que está ahora en la cumbre de su prosperidad, pues ha empuñado el cetro un príncipe á quien protege el Todopoderoso, y las naciones reverencian!” (33). ¡Ah! ¡el objeto de estas felices predicciones vivió para ver desbaratarse su imperio como la nieve del invierno,

cesores, Tizoc, perteneció á esta orden de caballería. Stor. del Messico, tom. II, p. 140.

(32) „Era mas cauteloso, y ardidoso, que valeroso. En las armas, y modo de su gobierno, fué muy justiciero; en las cosas tocantes á ser estimado y tenido en su dignidad y magestad real de condicion muy severo, aunque cuerdo y gracioso.” Ixtlil-xochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.

(33) Torquemada trae todo el discurso. Monarq. ind., lib. 4, cap. 68.

no: para ver en su patria una nacion extraña que parecia llovida del cielo; para verse prisionero en el palacio de sus padres y ser compañero de los enemigos de sus dioses y su pueblo: para ser insultado, despreciado y abatido hasta el polvo por el mas humilde de sus súbditos, por aquellos mismos que pocos meses antes habian temblado á su vista: para exhalar su último aliento en medio de extranjeros; para hallarse solo, expulso, y abandonado en el centro de su capital! ¡Era la triste víctima del destino; de un destino tan funesto é irresistible, como el que describen los fabulosos romances de la antigüedad! (34).

Tenia Montezuma á la época de su muerte cuarenta y un años, de los cuales habia reinado diez y ocho. Su persona y modales han sido ya descritos. Dejó de sus varias mujeres una numerosa descendencia, cuya mayor parte habiendo perdido su consideracion despues de la conquista, cayó en la oscuridad, y se confundió en la masa de la poblacion india (35). Sin embargo, dos de estos descendientes, un hijo y una hija que abrazaron el cristianismo, fueron los fundadores de nobles casas de España (36). El gobierno, queriendo mostrarles su gratitud por el dilatado imperio que habia obtenido de su progenitor, les concedió extensos dominios é importantes honores hereditarios.

- (34) Los esfuerzos de los hombres son mas débiles que el hado:
¿Quién es, pues, quién dirige al hado?
Las parcas de tres figuras y las furias que nunca olvidan;
Y, ¿acaso Jupiter es mas débil que estas?
Ciertamente no evitará los decretos del hado.

ÆSCHYL, Prometh., v. 514-518.

(35) El señor Calderon de la Barca, ministro español que fué en Méjico, me ha asegurado haber pasado mas de una vez por una habitacion india, donde los indigenas que le acompañaban hacian una reverencia, diciendo que era ocupada por un descendiente de Montezuma.

(36) Este hijo bautizado con el nombre de Pedro, descendia de una de sus concubinas. Tuvo Montezuma dos mujeres legítimas. De la primera de ellas llamada *Tezalco*, tuvo un hijo que pereció en la huida de Méjico, y una hija llamada *Te-cuichpo*, que abrazó el cristianismo y recibió el nombre de Isabel. Casó siendo muy jóven con su primo Guatemotzin, y le sobrevivió bastante tiempo para dar su mano á tres castellanos, todos de familias distinguidas. De dos de estos, D. Pedro Gallego y D. Juan Cano, descienden las ilustres familias de Andrade y Cano Montezuma.

De su segunda mujer la princesa Acatlan, dejó dos hijas llamadas despues de su conversion María y Leonor. La primera murió sin sucesion. Doña Leonor casó con un caballero español, Cristóbal de Valderrama, de quien desciende la familia de los Sotelos de Montezuma. Ignoro á cuál de estas ramas pertenecen los condes de Miravalle de quien habla Humboldt, (Essai Politique, tom. II, p. 73, nota.)

Una minuciosa relacion de la real genealogía, se encuentra en un memorial en que reclaman los nietos de Montezuma ciertas propiedades por herencia de sus respectivas madres. Este documento que no tiene fecha, se halla entre los MSS. de Muñoz.

rios; y los condes de Montezuma y Tula, enlazándose con la sangre mas distinguida de Castilla, dan á conocer con sus nombres y títulos su ilustre descendencia de la dinastía real de Méjico (37).

Fatal fué á los españoles la muerte de Montezuma. Mientras vivió, tenían en sus manos una prenda preciosa de que en los últimos extremos podian sacar provecho; muerto, quedó roto el último vínculo que los ligaba con los nativos. Fuera de estos graves motivos de propio interes, Cortés y sus oficiales sintieron la muerte del monarca por consideraciones personales, y cuando miraran los frios restos del infortunado príncipe, debian sentir un pesar al comparar su última halagüeña posicion, con aquella á que la amistad por ellos le habia reducido.

Mostró el comandante español todo el respeto debido á su memoria. Cubierto su cuerpo con las vestiduras reales, fué colocado decentemente en un féretro y llevado por los nobles á sus súbditos. Ignórase qué honores se le tributaron, si algunos se le hicieron. Unos gritos lastimosos que se oyeron claramente en la parte occidental de la capital, fueron interpretados por los españoles como gemidos de la procesion fúnebre que iba á colocar el cadáver entre los de sus antecesores, bajo las bóvedas régias de Chapultepec (38). Otros aseguran que fué llevado á un cementerio situado en la ciudad de Copalco, y que allí se le sepultó con las acostumbradas solemnidades y muestras de sentimiento de parte de los nobles; pero no sin algunos indignos insultos del populacho (39). Sea de esto lo que fuere, ocupados los mejicanos con las tristes escenas en que estaban comprometidos, probablemente borra-

(37) Es interesante saber, que un descendiente del emperador azteca, D. José Sarmiento Valladares, conde de Montezuma, gobernó como virey desde el año de 1697 al de 1701, los dominios de su bárbaro antecesor. (Humboldt, Essai Politique, tom. II, p. 93, nota.) Solís habla de esta noble casa, cuyos individuos son grandes de España, y han mezclado su sangre con la de los Guzmanes y los Mendozas. Clavijero ha formado el árbol genealógico desde Iohualicahua hijo del emperador, ó D. Pedro Montezuma, como fué llamado despues del bautismo, hasta fines del siglo diez y ocho. (Véase á Solís, conquista, lib. 4, cap. 15; y á Clavijero, Stor. del Messico, tom. 1, p. 302, y tom. III, p. 132.) El último de esta línea de quien he podido obtener algunas noticias, murió no hace mucho tiempo en este pais. (Los Estados-Unidos.) Era muy rico, pues tenia grandes posesiones en España; pero parece que no muy discreto. A los setenta años ó mas de edad, pasó á Méjico con la buena esperanza de que la nacion por respeto á su nacimiento le colocaria en el trono de sus antecesores, tan recientemente ocupado por el presuntuoso Iturbide; pero la moderna Méjico, con todo su odio á los antiguos españoles, no mostró respeto alguno á la sangre real de los aztecas. El desgraciado noble se retiró á Nueva Orleans, donde poco despues se suicidó, no por ambicion, si es cierto lo que se dice, sino por un amor no correspondido.

(38) Gomara, Crónica, cap. 107. — Herrera, Hist. General, déc. 2, lib. 10, cap. 10.

(39) Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 7.

ron pronto de su memoria al monarca, que no habia tomado parte en sus últimos movimientos patrióticos, y no es extraño que aun el mismo recuerdo de su sepulcro se perdiera en la terrible catástrofe que despues envolvió en ruinas á la ciudad.

NOTA. El virey D. José Sarmiento de Valladares, no fué descendiente del emperador Montezuma como asienta el Sr. Prescott en la nota número 37 de este capítulo, sino que estuvo casado con la señora Doña María Gerónima Montezuma, tercera condesa de Montezuma y cuarta nieta del emperador de este nombre.

Doña Isabel Montezuma, aunque estuvo casada con el emperador Cuautemotzin, fué en tan corta edad que no cohabitó con él. Casóse despues con Alonso de Grado, uno de los mas distinguidos de los conquistadores, de quien no tuvo hijos. En seguida estuvo casada sucesivamente con Pedro Gallego, Juan Cano y Juan Andrade: los descendientes de este último vinieron á reunirse con la casa de los condes de Miravalle, y disfrutaban la pension de tres mil pesos anuales, que les fué concedida por el rey D. Felipe II por real cédula expedida á fines del siglo XVI, que se halla en los autos que se siguieron en la corte suprema de justicia sobre la herencia de dicha pension. A los descendientes de aquella princesa por su casamiento con Cano, tambien se les concedió una pension sobre el ramo de tributos, y una y otra se pagan en la tesorería general.

El general D. Miguel Barragan, que tomó el castillo de San Juan de Ulúa y fué presidente interino de la república, estuvo casado con una de las hijas del último conde de Miravalle, y por este enlace la sangre de Montezuma volvió á ocupar el primer puesto de la nacion, como habia sucedido antes por el casamiento con D. José Sarmiento Valladares, que tuvo el título de Duque de Atlixco.